



Nunca seré Bukowski

Óscar Borrachero

# Nunca seré Bukowski

Óscar Borrachero

*Primera edición: Marzo de 2016.  
Todos los relatos están bajo licencia Creative Commons.  
Fotografía de portada: ©Mark Hanauer.  
Usada con permiso del autor.  
Composición de portada: Óscar Borrachero.*

*Para mis padres,  
que siempre están ahí.*

## Índice

[Un prólogo en dos partes](#)

[El retiro del irlandés](#)

[Una caja de zapatos](#)

[Amigas](#)

[Chop suey](#)

[Dignidad](#)

[Fuera de campo](#)

[Héroes ignotos, volumen 1](#)

[I. Un cinco por ciento de nada](#)

[II. El borde del abismo](#)

[III. Y tú...](#)

[IV. ...y yo](#)

[V. La reveladora ciencia del hombre](#)

[Tu nombre en el viento](#)

[Ingrávidos](#)

[Experimental](#)

[Licencia de obras](#)

[DKL](#)

[Inside it](#)

[Casting](#)

[Tres días y tres noches](#)

[La jungla infinita](#)

[De padres e hijos](#)

[En dos](#)

[Que no salga](#)

[El precio de un hada](#)

[Si alguna vez pierdes la fe en mí](#)

## Un prólogo en dos partes

### **Sobre títulos extraños y otras formas de vida**

Si alguna vez has tenido la oportunidad de leer algo del gran Bukowski (que no es una película de los hermanos Coen sino un escritor fantástico), cuando acabes este libro (llegues hasta el final o no) seguramente encontrarás decenas de razones para corroborar la afirmación del título. Pero no van por ahí los tiros porque, puestos a comparar, hay tantos grandes autores que nunca llegaré a ser que, ¿por qué Bukowski?

Cuando empecé a escribir, imprimía algunos de mis relatos y se los daba a familiares, amigos y conocidos para que me diesen su opinión. Algunos no pasaban de un educado "está bien" (que releyendo alguno de esos relatos, tenía mucho más de educado que de cierto) y otros iban mucho más allá. Una vez, mi mujer dio a leer uno de aquellos cuentos a sus compañeros de trabajo y uno afirmó que le recordaba a Bukowski. Como por aquel entonces todavía no había leído nada suyo, tan sólo me pareció algo extraño porque no me sonaba que fuera de su estilo. Hace poco, finalmente, me quité esa espina y leí "Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones", con lo que ya puedo afirmar que, más allá de estar escrito en primera persona y ser autobiográfico, no tenía nada que ver con lo escrito por Bukowski.

Así que no sé qué debió pasar por la cabeza de aquel muchacho pero "En este mundo" (el relato en cuestión que, además, daba título a mi primer recopilatorio en 2009) poco tiene que ver con la obra del escritor de origen alemán. O sí, pero eso tendrás que decidirlo tú mismo.

Este es mi tercer recopilatorio de relatos (tras "Comer galletas en cama ajena" de 2012 y el mencionado "En este mundo"). Muchos de los que lo componen proceden de los últimos coletazos del concurso de usuarios del foro de Bukob que, tras varias resurrecciones a lo ave fénix, parece que ya descansa en paz (aunque nunca se sabe: somos un

grupo muy tozudo). Otros vienen de mi paso por Literatura Bastarda (que sigue en letargo indefinido) y el resto (unos tres o cuatro) los he rescatado del fondo del baúl y han sido convenientemente revisados, restaurados y/o rehechos.

Tras tres recopilatorios de relatos, mucha gente me pregunta: "¿y por qué no escribes una novela?" (vale, mucha gente, no, pero alguna vez sí me lo han comentado). Y la respuesta es porque requiere tiempo y un nivel de implicación y continuidad que no siempre se tiene cuando esto de escribir es algo así como un pasatiempo a encajar en el resto de tu vida. "Algún día", respondo yo siempre con la esperanza de que sea así.

Sea como sea, y mientras aguardamos al apocalipsis que en algún momento llegará, espero que disfrutes con estos relatos. Y si no, siempre puedes pillarte algo de Bukowski que también está muy bien.

### **Vale la pena hablar de la portada**

Así como el título del libro se convirtió rápidamente en definitivo apenas tuve la idea, el tema de la portada no fue tan fácil.

De entrada, quería hacer algo relacionado con Bukowski o con la idea que sugería el hecho de no llegar nunca a ser él. Buscando por internet (no demasiado, todo hay que decirlo), encontré este retrato realizado por un para mí desconocido Mark Hanauer. Aunque era perfecto, no me seducía la idea de usarlo así sin más y pedir permiso a un fotógrafo estadounidense de primera línea se antojaba casi ridículo. Charles Bukowski, Cher, Bill Murray, Billy Joel, The Clash, Leonard Cohen, Alan Rickman, Pedro Almodóvar o Frank Zappa, junto a un sinfín de diseñadores, bailarines, deportistas, poetas y demás grandes figuras, han pasado por delante de la cámara del señor Hanauer. Ciertamente intimidatorio.

Pero como el tema de la portada estaba llegando a un punto muerto, me pregunté: ¿qué puedo perder? Seguramente, el tiempo de esperar una respuesta que no llegaría nunca y poco más. Busqué en su página web, encontré un

email de contacto y le mandé un educado mensaje explicándole que quería usar su retrato como portada de un libro autoeditado que seguramente leería el Tato, su primo y poco más. Cual no sería mi sorpresa cuando, apenas doce horas después (que, con el cambio horario, debió hacerlo a la hora del desayuno), recibo su respuesta agradeciéndome mi educado mensaje y diciéndome que sí, con la única condición de figurar él como autor de la misma. Ni qué decir tiene que me negué de inmediato a citarlo, faltaría más... no, es coña. ¡Por supuesto! ¿Cómo no iba a ponerlo? Además, ¿quién sale más beneficiado de todo este asunto? Está bastante claro.

Sea como sea, el gesto, el tono de la respuesta, dicen mucho a favor de una persona que cede libremente su obra a un desconocido que llama a su puerta desde la otra punta del mundo sin más credenciales que su inconsciencia. Muchas gracias, señor Hanauer.



## El retiro del irlandés

Desde el momento en que lo vi entrar por la puerta del salón, supe qué traía a aquel chico hasta Hollow Hill. Echó apenas una rápida mirada al rincón que ocupaba el irlandés antes de dirigirse hacia la barra.

- ¿Qué será? –le pregunté.

- Whisky –respondió, lacónico. El timbre de su voz denotaba que era más joven de lo que quería aparentar. El ligero temblor en sus manos cuando apuró su bebida, que estaba lejos de sentir la seguridad que trataba en vano de mostrar. Nuestras miradas se cruzaron un segundo cuando volví a llenarle el vaso. Sus ojos reflejaban el brillo de los condenados cuando se encaminan hacia la horca.

Casi llegué a sentir lástima por él.

“Me estoy haciendo viejo”, pensé.

Había visto decenas de hombres y muchachos como aquel muriendo a manos de gente como el irlandés, perdiendo sus vidas consumidas por la sed de venganza. Todos creían tener una buena razón, justa o injusta, para llegar hasta un final que en realidad no les importaba porque, de una manera o de otra, ya estaban muertos. Todos tenían la misma mirada vidriosa y perdida. Y todos venían, siempre, solos.

- ¿Qué te trae por aquí, muchacho? –le pregunté, remarcando la última palabra.

Dio un respingo y respondió, sin mirarme.

- Asuntos. Tengo... asuntos.

Asentí en silencio.

Hollow Hill era una parada de la diligencia en medio de ninguna parte, poco más que un punto en el camino.

- No hay muchos “asuntos” aquí. Y el sheriff controla la mayoría –añadí, inclinando apenas la cabeza hacia el irlandés.

Desvió la mirada hacia donde yo señalaba y volvió a mirarme, con sorpresa.

- ¿El irlandés es...? –balbuceó.

Yo me incliné hacia él, bajando el tono.

- Pocos lo conocen aquí por ese nombre.

Su rostro palideció y rehuyó mis ojos, como un chiquillo sorprendido en alguna travesura.

- Escucha, hijo –continué-, aquí sólo hay una ley: la suya.

- Usted no lo comprende –la furia encendió sus mejillas.

- Comprendo más de lo que crees...

- ¡No! Él...

- Supongo que él te debe algo y tú has venido a cobrar-telo. Pero, óyeme, hijo, no sacarás nada. Es una apuesta que no puedes ganar.

Apuró su bebida de un trago y, por una vez, sostuvo mi mirada unos segundos.

- Ya no puedo perder nada más.

Suspiré.

Volví a llenar su vaso, tapé la botella y la puse en su estante, bajo la barra.

- Invita la casa –concluí.

Se irguió y, sin tocar el whisky, se dio la vuelta. Antes de salir, se detuvo y posó sus ojos en los del irlandés durante unos segundos. Éste le devolvió la mirada sin inmutarse.

Después, el chico se marchó.

Tras unos segundos, tres hombres le siguieron a una indicación del irlandés.

Apenas las puertas habían dejado de bambolearse, éste se dirigió con parsimonia a la barra.

- Will –me dijo.

Incliné la cabeza, a modo de saludo.

Saqué dos vasos limpios y los llené.

Dio un pequeño sorbo antes de preguntar.

- ¿Quién era ése?

Di un pequeño sorbo antes de responder.

- Supongo que el hijo de alguien.

Dio otro pequeño sorbo.

- ¿No dijo su nombre?

- No.

- No me suena su cara. ¿Y a ti?

- No. Tenía acento del sur.

Miró el fondo de su vaso.

- Hace tiempo que no voy por allí.

- Lo sé.

Dio su último trago con tranquilidad y dejó el vaso sobre la barra.

- A lo mejor buscaba a la persona equivocada –me dijo, mirándome con una sonrisa torcida.

Solté un bufido y sonreí.

- A lo mejor. ¿Acaso importa?

Dejé mi vaso vacío junto al suyo y luego recogí ambos.

- Nos vemos, Will.

- Nos vemos, irlandés.

## Una caja de zapatos

A Sandra le encantaba curiosear. Vivía con sus padres en una casa muy grande, llena de habitaciones con muchos armarios y cajones que explorar. A veces, se perdía en alguna de aquellas habitaciones y se pasaba las horas examinando los tesoros que en ella encontraba. Su madre, que lo sabía, cambiaba las cosas de sitio a menudo, mientras la niña estaba en el colegio, de modo que, cuando empezaba a buscar, nunca sabía qué iba a descubrir.

Pero había algo que nunca se movía y que constituía uno de los mayores tesoros que Sandra había encontrado: una caja de zapatos llena de fotos y recortes de prensa en los que aparecía su madre, mucho más joven, cantando y posando como una estrella de esas que sólo se veían en la televisión.

La primera vez que vio aquellas fotografías, Sandra pensó que no podía ser ella. Nunca cantaba y, cuando ella se lo pedía, siempre se excusaba diciendo que lo hacía muy mal. Estuvo a punto de preguntarle por qué le había mentado pero, de alguna manera, supo que era mejor callar.

Le encantaban aquellas fotos, las había mirado y revisado docenas de veces. Igual que los recortes de prensa, escritos en un idioma que no entendía, con los que fantaseaba imaginando que alababan su extraordinaria belleza y su gran voz. Después, un extraño desasosiego la invadía porque no entendía qué podía haber pasado para que se madre ya no fuese una gran artista ni quisiese explicarle nada.

Poco a poco, aquellas fotografías y aquellos artículos ininteligibles perdieron su magia y se convirtieron en algo que le dolía mirar.

- ¿Qué te pasa, cariño? –le preguntó su madre un día que la vio más triste de lo habitual.

- Nada –farfulló ella con desgana.

- Estás triste. ¿Qué te preocupa?

- Nada...

- ¿Ya no quieres explicarme las cosas?

- ¡No! –gritó, enfadada.

- ¡Sandra! –exclamó su madre-. ¿Se puede saber qué te pasa?

- ¿Por qué tendría que decírtelo? ¡Tú no me explicas nada!

- ¡Sandra, sabes que eso no es cierto!

- ¡No! ¡No me explicas nada, ni de cuando eras cantante y sabías cantar! ¡Siempre dices que no sabes pero no es verdad! ¡Sí que sabes! ¡Yo he visto las fotos y eras famosa y muy guapa! ¿Por qué no quieres cantarme? ¿Por qué?

- ¡Sandra! –la niña enmudeció ante el tono cortante de su madre-. ¿Has estado revolviendo mis cosas?

- Yo...

- ¡No quiero que revuelvas mis cosas!

- Pero...

- ¡No hay peros que valgan! ¡A tu cuarto!

La pequeña se quedó petrificada ante la terrible expresión que vio en el rostro de su madre.

- ¡A tu cuarto! ¡AHORA! –le repitió, chillando, como si no soportase su presencia.

Dando un respingo, Sandra salió corriendo y se encerró en su habitación dando un portazo. Se lanzó sobre su cama y empezó a llorar.

Nunca había visto a su madre tan enfadada, nunca le había gritado de aquella manera, ni siquiera cuando metió su muñeca en el microondas para que se secase y éste empezó a echar chispas. ¿Por qué se había puesto así? No eran más que unas fotos. ¡Y tan sólo las había mirado, ni siquiera las había manchado!

Con aquellos pensamientos, la niña se quedó dormida.

Soñó que su madre era una famosa artista que siempre la encerraba cuando tenía que cantar porque no quería que la niña la escuchase y, por mucho que ésta le suplicaba, su madre siempre se negaba y, gritándole, la encerraba en la habitación más apartada de la casa para que no pudiese oír nada. Y Sandra chillaba y pataleaba pero nadie venía a buscarla.

"Sandra".

Alguien la llamaba.

"Sandra".

Quiso hablar, decir dónde estaba para que viniesen a rescatarla pero no podía hablar.

- Sandra.

¡Se había quedado sin voz!

- Sandra –volvió a murmurar su madre, sacudiéndola ligeramente-. Despierta.

Sandra abrió los ojos. Su madre la miraba. Ya no parecía enfadada, más bien parecía triste.

La niña se sentó en la cama, abrazándose las piernas.

- Siento haberte gritado –dijo su madre-. No debería haberlo hecho.

- Siento haber figoneado en tus cosas –dijo ella, al cabo de unos segundos.

- No pasa nada, cariño –respondió, acariciándole los cabellos-. Pero no quiero que vuelvas a hacerlo. ¿De acuerdo?

Sandra asintió.

- Mamá.

- Dime.

- ¿Las fotos? ¿Y los recortes? Eres tú, ¿verdad?

- Sí, cariño, soy yo.

- ¿Y por qué no...?

La pregunta quedó en el aire.

La madre de la pequeña suspiró.

- Fue hace mucho tiempo –respondió, al fin-. Antes de que tú nacieras yo era una joven promesa en mi país.

- ¿Hacías conciertos?

- Sí.

- ¿Y grababas discos?

- Un par, sí.

- ¿Y tenías fans?

Su madre sonrió y asintió con la cabeza.

- ¡Vaya! ¿Y qué pasó?

- Conocí a tu padre, nos casamos... y llegaste tú.

- ¿Dejaste de cantar por... mí?

- No, cariño, por ti no. Mi vida cambió, tenía otros objetivos, otras metas. Lo más importante era mi familia, mi niña. No quería separarme de vosotros.

Sandra miraba a su madre con atención. En la penumbra no podía distinguir bien sus rasgos pero su voz sonaba cansada, triste.

- Pero, mamá, ahora... podrías volver a hacerlo. Volver a cantar.

Su madre suspiró.

- Aquello pasó, cariño. Hay cosas que no pueden revivirse, por mucho que una quiera.

Su figura pareció empequeñecer, encogerse. Sandra tuvo miedo de que fuese a desvanecerse. Como un resorte, se lanzó en sus brazos, con un nudo en la garganta.

- Lo siento –balbuceó.

- ¿Qué sientes, cariño?

- Que no puedas cantar... por mi culpa.

- No, mi vida, no es culpa tuya, no es culpa de nadie. La vida es así, a veces tienes que escoger y ¿sabes?, no me arrepiento.

- ¿No?

- No.

La estrechó en sus brazos y apretó su cabeza contra su cuello.

- Mamá –dijo la niña, tras unos segundos.

- Dime.

- ¿Me cantarás una canción?

Su madre rió.

- Sí, cariño –respondió. Y empezó a cantar una vieja canción de cuna.

Sandra notó cómo se le erizaba el vello de la nuca mientras la nana penetraba en su cerebro como un bálsamo. Con la cálida voz de su madre en los oídos, se quedó dormida.

La madre de Sandra la metió en la cama y cerró la puerta tras de sí, sin hacer ruido.

Se fue a su habitación y cogió la caja de zapatos. Se sirvió una copa y, con un suspiro tembloroso, la abrió y empezó a